

Escuchémoslo: «Lo que me atrajo en Vallejo cuando lo (encontré) en París en 1924 y me hizo amigo suyo fiel hasta tenerme a los pies de su lecho en el instante de su muerte, lo que fundamentalmente sigue manteniendo encendido su recuerdo, fue cierta emanación de inocencia candorosa, llena de gracia inefable que de él se desprendía solicitando el fondo individual de la ternura hasta las lágrimas» (*CVHCR*, p. 14).

El trecho es emocionado, e indudablemente conmovedor, pero no lo suficiente para que se nos oculte lo que, al mismo tiempo, tiene de sospechoso. Desde un principio,¹⁰ en efecto, insistía en la «ingenuidad infantil» del poeta, a la vez que insinuaba que entre Larrea y Vallejo existió una intimidad más o menos continua y apoyada en intereses comunes —lo que está muy lejos de corresponder a la verdad—. Destacar de entrada que Vallejo, *poéticamente* entregado a la experiencia de la «orfandad», *humanamente* nunca dejó de moverse como un «niño», lo autorizaba así a Larrea a alternar, cuando se refería a él, la devoción y la condescendencia: «Era un auténtico valle de lágrimas», «el llanto constituía su mejor defensa, sino la única» (*id.*, pp. 14-15); y: «No parecía haberse desprendido de la idea del niño que entiende de consumir los bienes de sus progenitores, mas no de ganarlos», «en muchas y largas ocasiones no tuvo inconvenientes en vivir a espaldas de los demás» (*AV* 11, p. 209), satisfaciendo una «ingénita propensión parasitaria» (*id.*, p. 210).

Lo del «niño» en Vallejo, en su segundo aspecto, era lo que, buenamente, explicaba, para Larrea, que, «a brazos desde mediados de 1928» con «un estado psicossomático deficiente», a fuerza de «deslices», él acabara por pasarse «con armas y bagajes al materialismo histórico»: «En su contexto (del materialismo) le era dado entender los desastres de su existencia y abrigar esperanzas de su inmediata solución mediante el colapso del capitalismo y el triunfo de la revolución universal que juzgaba a la vuelta de la esquina» (*AV* 11, p. 200). Lo demás, y especialmente que «manifestara convencimientos solidísimos», contrarios al «idealismo bastante ingenuo» que propiamente lo constituía, «y hasta un radicalismo destructor», «en discrepancia con sus entretelones amorosos», fue fruto de la «influencia» de la «dulce niña» con quien se había comprometido (*id.*, p. 289), porque, a pesar de presentar «aristas inflexibles y tajantes», ella «ofrecía para César muchos aspectos seductores»: amén de su «juventud, saludable y de buen ver», que «se le entregó virgen», el que disponía al principio «de algunos medios económicos», que concordó en «despilfarrar» en un «dispendioso viaje a Rusia, Checoslovaquia, Austria, Italia y la Costa Azul», para mejor «clavarle», «en las partes blandas de su personalidad», un «anzuelo» que, «no obstante sus forcejeos, a veces desesperados, lo fue sacando poco a poco ya se sabe a qué despiadada orilla» (*AV*, 11, pp. 201-3-5-6, y *AV* 5, p. 348).

Es probable que, en sus años de *poeta* —los dos números de *Favorables*, que publicó en 1926 precisamente con Vallejo, bastarían para certificarlo—, Larrea fue sensible a una u otra forma de *humorismo*. Parece haber dejado de serlo no bien la «crisis de profundidad» que en seguida sufrió «se acercó a la cuchilla divisoria donde había de iniciarse en su experiencia la otra vertiente» (*AV* 11, pp. 201-2).

¹⁰ Es de 1957 y pertenece al primer «discurso» con que Larrea inició su cruzada vallejana en pro de un Vallejo neomundíco, casi veinte años después de haberla anunciado en Profecía de América.

Cuando, en enero de 1932, de vuelta del Perú, recibió en París la misiva en que Vallejo, desde Madrid, para facilitar el reinicio de sus relaciones, procuraba dilucidar hasta dónde había «cambiado» —*seguramente*— aunque —*quizá*— siguiese «siendo el mismo», se le escapó a Larrea que el «hermano» manejaba ese *humorismo* tan sui generis —tierno, o mejor dicho «ternuroso», pues hasta creó un vocablo para caracterizarlo— que no siempre la crítica ha sabido detectar en su poesía y que, por fortuna, en su vida también, le sirvió de «defensa», no menos que el «llanto», contra «el ser así» —«el éste y el aquél»— «lo que es sin poder ser negado».

Ya en 1928-29, estando ambos en París, no obstante la «hermandad» que los unía, Larrea y Vallejo habían empezado a seguir rumbos distintos, cada cual «incrustado en sus problemas» que el otro no podía ayudarle a resolver: «Sólo nos veíamos por casualidad»; era «como si César y yo fuésemos dos *hermanos* que vivieran, no en dos barrios, sino en dos ciudades distantes entre sí» (AV 11, p. 201). Pasados dos años —1930-31— en que la distancia había asumido proporciones continentales, era natural que Vallejo «ardiese en deseos de abrazar» al *hermano* para hablar con él de América y «asomarse a su nueva vida y a su nuevo espíritu y a sus nuevos ojos». Aprovechaba para adelantarle las novedades que él había experimentado. Lo hacía, desde luego, con algún recelo; de ahí que ironizara pudorosamente sobre su «ida a la política», de ningún modo en plan de disculpas, como lo interpretaría Larrea.

No tardó en darse el reencuentro, pues Vallejo, pocos días después, regresó intempestivamente a París, y los dos amigos «pudieron conversar con holgura» (AV 11, p. 208), y asimismo «cotejar los puntos de vista» (*id.*, p. 210) a que, uno y otro, habían llegado relativamente al destino del hombre y al próximo paso de su historia. Aunque le quedaba mucho por experimentar, tanto vital como intelectualmente, para corroborarlas, Larrea había adquirido sus «convicciones definitivas», y entre él y Vallejo «el cotejo de puntos de vista» resultó, a la postre, un diálogo de sordos: «Yo intentaba, pero no podía hacerle comprender a Vallejo que sobre la existencia de los hombres se cernía otro mundo de realidad», «más alta y sutil» que la que encaraban los autores marxistas: un mundo que «podían entender mejor los poetas que los políticos», y que, por otro lado, «América y no la Unión Soviética era el lugar predestinado para la transformación de la especie» (*id.*, p. 211).

Lo fundamental es lo que sigue; «César me oía con una oreja entornada. Aunque lo de los poetas y lo de América le sonreía positivamente y me pedía aclaraciones y precisiones, pensar que él, César Vallejo, pudiera estar haciendo algo distinto de lo que su conciencia se proponía, era cosa que no le cabía en la cabeza. Creo, en términos generales, que él tan propenso por idiosincrasia a lo absurdo, se había encasillado en un horizonte de razón, mientras que yo evolucionaba en el de la imaginación en libertad donde se organizan y desprenden sentido los azares aparentes» (*id.*).

Olvidado de que explicara que el principal motivo por el cual Vallejo «había ido a la política» era, junto con la «influencia» de su mujer,¹¹ el apremio económico, sin que eso impidiera que siguiese encendida su «inquietud introspectiva y personal y suya para adentro», Larrea presentaba ahora a Vallejo como presa de un «horizonte» pura-

¹¹ Y ocasionalmente la de Armando Bazán, pero sería otro cuento, del que prefiero prescindir.

mente racional, al que tontamente se aferraba, malgastando la oportunidad que le ofrecía su «hermano» de abrirse al «horizonte» supraracional de lo imaginario, que era el único que debía interesarle. De no haber Vallejo «entornado la oreja» ¡qué diferente podía haber sido su suerte, sobre todo si, como consecuencia de su conversión a la fe del amigo, hubiese «logrado desprenderse de Georgette» (AV 11, p. 210) y escapar, así, al «lento calvario» que, «cargado con tan pesada cruz» (*id.*, p. 208), iba a ser su vida en adelante!

No se limitó Larrea a tratar de ganárselo a Vallejo argumentando de viva voz, sino que, con el pretexto de «ayudarle, aunque muy modestamente», en sus apuros (*id.*, p. 211), «le dio a copiar en limpio» las páginas de *Orbe*, libro en que estaba consiguiendo «los productos que le parecían revolucionarios en el orden trascendental» de su experiencia americana: «Presumía que la vida de César, tan entrelazada en varios, profundos e inusuales aspectos a la mía, y no obstante sus convicciones político-sociales, pudiera estar coordinada con el sentido ulteriorizante de mis sucedidos en el Perú» (*id.*).

Conviene destacar que, desde siempre, Larrea consideró que la crisis que lo sacudió a partir de 1926, y de la que fue emergiendo, en 1930, a las alturas andinas, no atañía sólo a su destino personal, sino también al de la humanidad en su conjunto. De ahí el carácter inmediatamente *terrorista* de su discurso, carácter que —como lo apunté— seguiría hasta el final, y del que Vallejo fue, en 1932, el primer destinatario —la primera víctima—.

Lo cierto es que todos los esfuerzos de Larrea para convencer a Vallejo resultaron inútiles. De nada sirvió que él y su mujer llegasen a idear un plan algo celestinesco para «liberarlo» a Vallejo de la «opresión» de Georgette (AV 11, p. 215), «poniéndolo al habla» con una peruana que habían conocido durante su viaje y que, entretanto, acababa de *plantarse* en París, «una joven amable, dulce, educada» y «además huérfana y condueña de una hacienda en el altiplano». ¹² Al narrar detalladamente el episodio, en 1974, con inusitada solemnidad, puesta «una mano en el pecho de César y otra (*sic*) sobre la cabeza de su nieto», Larrea daría la medida simultáneamente de la obcecación *totalitaria* de su mente y de una *ingenuidad* menos inocente de la que tantas veces achacó a Vallejo: «Imaginé» ¹³ que entre César y Doris (así se llamaba la muchacha) «pudiera estar llamado a establecerse algún vínculo ¹⁴ como providencial ¹⁵ que a él lo equilibrase y condujese a convencimientos acerca de la actividad de los azares trascendentes de la vida, ¹⁶ similares a los que había determinado en mí mi experiencia en los Andes del Perú» ¹⁷ (AV 11, p. 216).

No sin cierta contradicción, después de referir los pormenores del caso, a más de cuarenta años de distancia, Larrea concluía: «Era un asunto que ciertamente no podía prosperar. Doris no le iba a resolver a César lo que le resolvía Georgette. Además estaba

¹² Eso en relación con la «ingénita propensión parasitaria» del poeta.

¹³ «La imaginación en libertad», donde uno, realmente, no la esperaba.

¹⁴ Por la posibilidad que tendrían de «conversar de cosas de la Sierra y de muchas más».

¹⁵ Con Larrea como agente de la Providencia.

¹⁶ A partir, ante todo, de la orfandad y de la condición de hacendada de Doris.

¹⁷ El verdadero por qué de la tramoya: hacer que, fuera como fuere, Vallejo renunciase a su propia «experiencia» para asimilar la de Larrea.